

## XI

## LA HIEDRA

Tranquilos y pacíficos horizontes son aquellos; en las faldas de las colinas se ven magníficos vedados; el resto del país, bajo su cielo gris ó azul, es una llanura, con una iglesia en el centro.

Una monstruosa hiedra de tallo arborescente, que sale de la hierba semejante á una garra poderosa, como uno de los mil brazos de Cibele, la de la frente verde, pared en el campo árido y cubierto de espinos, haber un día asido la aislada iglesia y échola ir saliendo poco á poco de la tierra. Torre, estribos, ábside, puerta de anchas columnas, todo lo oculta y lo roe todo con sus frondosas ramas. Sin duda que en la sombra habla á aquellas murallas y les dice:—Antiguamente dormíais en las entrañas de las colinas, de las que el hombre constantemente arranca el mármol, el granito, el cemento y la arcilla. ¡Oh piedras! Debéis estar cansadas de oír cuchichear á los hombres, esparramarse á las tempestades, gemir en los campanarios á las campanas de bronce. ¡Tornad, pues, á ser gujarros, pedernales, rocas! ¡Caed ya confundidas sobre la negra tierra! ¡Volved al profundo seno de la eterna abuela!

Bondout, 5 de Noviembre de 1846.

## XII

¡Naturaleza! ¡Alma, sombra, vida! ¡Oh velada figura! ¡Oh esfera siempre negra y siempre estrellada! ¡Oh misterio de hojas de bronce! ¡Texto escrito en las nubes y también en mármoles! ¡Biblia hecha de olas, de montañas y de árboles, de obscuridad sombría y de azul sereno!

A menudo, cuando la media noche suena en los campanarios de la costa, mientras que en el mar, á lo lejos, siniestro y alto huye el navío, el enorme corcel, y mientras que por encima de los mástiles, doblados bajo el peso de las velas, la nube al pasar desgárrase en las estrellas, como un manto atravesado por clavos de acero;

á la hora en que el Atlas ve regresar al tigre, en que el león ruge en la frescura del antro, mientras que el agua de los manantiales brilla, y sobre los restos de los bajorrelieves de Tebas, la vieja sombra Tenaro y el antiguo espectro que los antiguos llamaran Erebo entreabren sus ojos llenos de negrura;

mientras Ormuz adormece á los parsis y á los gauros; y las esfinges chatas, dejando en las tinieblas aullar á las hienas y á los chacales, leen, en el desierto, estirando sus garras, las constelaciones, sombríos jeroglíficos del negro frontis zodiacal;

mientras que el pensador, escudriñando en la no-

che sublime, ansioso de saber lo que le quiere el abismo, negrura de la que nadie ha regresado, pregunta al rumor, al aire, á la sombra, y mide uno tras otro el dolor y la esperanza, esos dos aspectos de lo desconocido;

en el profundo instante en que el alma está aturrida; en el que no sé qué hidra se arrastra y va á ocultarse enroscada en un rincón, religioso momento en el que la naturaleza se doblega, fase oscura en la que el cielo se serena con un soplo y la tierra con un suspiro;

en aquella sagrada y turbia hora en la que el alma humana, celosa, avara, impura, ávida, cobarde, vana, falsa como el histrión, muestra, sembrador abyecto de sus propios desastres, los siete horribles vicios, y el cielo los siete astros del septentrión eterno;

cuando la profunda noche hace del mundo una cárcel; cuando la ola, rodando de un polo á otro, se surca en tenebrosos valles; cuando el monstruoso mar, lleno de chillidos, mira estremeciéndose cómo vuelan bajo las nubes los sombríos aquilones, que parecen águilas;

ó, más tarde, cuando el día, vago esbozo, comienza... ¡oh llanura que se estremece! ¡inmenso ruido de la mañana!, todo es entonces taciturno y lúgubre todavía; el negro horizonte parece lleno de divinos dolores; el círculo de los montes forma la corona de espinas; el alba forma la aureola de oro.

Yo, mientras todo sueña en esos sombríos espectáculos, sea que la noche, semejante á los templos arruinados, obscurezca el azul obscuro, sea que el

alba, feroz y toda llorosa, por encima de nuestras miserias parezca el asustado ojo del infinito,

me pongo á pensar, triste, junto á las aguas y las ideas que entonces surgen del mar, empujadas por un viento confuso, fugitivo enjambre hijo de la onda, que la áspera espuma me trae á través de sus vapores, rodéanme en silencio y, con sus manos abiertas, ante mis ojos entreabren el libro horrible.

## XIII

Un monumento romano ha caído en el viejo prado normando.

Los niños, que hacen un ruido encantador, van á jugar allí á la hora en que el sol se muestra; y se encuentra en el camino que va del Havre á Dieppe. Algún pastor agachado en el camino os acompaña, ó bien os sigue tendiéndoo la mano. Los vecinos villorrios mezclan su humo con el ramaje de los árboles y se oye el canto de los gallos entre las ramas.—Allí es,—dice el pastor. Y no percibís sino piedras y arbustos. Pero, mirando bien, inclinándose un poco se van viendo, en la hierba en que brilla praderil en su soberbia alegría, antiguos frontis esculpidos, bajorelieves triunfales, monstruos cargados de torres y carros adornados de guadañas, soldados que, sin impedir el vuelo de las golondrinas, sitian bajo las flores indefinibles ciudadelas; y bajo los juncos, como bajo una mortaja, se ve al gran César, que piensa, en la negrura, triste y solitario; los dacios, negros perfiles

lentos de insulto y el odio; la sombra, y un no sé qué  
que fué el águila romana.

16 de Abril de 1847.

## XIV

## EL VERANO EN COUTANCES

¡Ah! El equinoccio busca camorra al solsticio, y  
el encantador Junio nos ofrece un cierzo un tanto  
pérfido; ¡el estío de Neustria es normando!

Nuestro verano molesta con sus trapacerías, gusta  
su sonrisa de embaucarnos; se retracta, resuena el  
trueno, graniza; llueve, que es una manera de llorar.

Pero ¿qué importa? Sus rayos, vencedores orgu-  
llosos, se deslizan entre dos tormentas, y en las nubes  
reina la púrpura, y el triunfo está en los corazones.

Esta gran hierba es mi imperio. ¡Soy el misterioso  
amante del alma oscura que suspira en el fondo de  
los bosques y en el fondo de los cielos!

Soy rey entre las flores rojas. Y ¡qué éxtasis verse  
mezclado con los pájaros, los vientos, las abejas, con  
el vago vuelo de todo el mundo alado!

El árbol hueco me ofrece una silla; el iris os sigue  
con su ojo azul; aquí contempla uno; parece que se  
besa el borde de la túnica de Dios.

## XV

Venid á vernos al asilo en que tenemos el nido  
oculto, á donde Cloe seguiría á Mnasilo, al que el  
Amor seguiría á Psyquis.

Si os gusta la música, aquí es donde extiende su  
vuelo; Gluck tose; Haydn, junto al ruiseñor, es un  
tísico.

Aquí, la flor, el poeta y el cielo cantan preciosos  
tercetos; ¡oh solo de la alondra! ¡oh coro de las oro-  
péndolas!

¡Canto fiero y sonoro de la mañana! El pájaro os  
lo cantará. Seis mil años ha que la aurora trabaja en  
esta ópera.

Venid; orgullosos de vuestra presencia, los cam-  
pos, que son jardines, tendrán atenciones mil para  
vosotros los habitantes de la ciudad.

Nuestras rocas se pueden comparar con los már-  
moles. Lo bello se hará lindo. Bajo los grandes árbo-  
les, el gorrión, aunque franco, será cortés.

Mayo alegre y Junio fresco y tierno, llegarán á  
propósito para que podáis gozar con el sonido del es-  
quilón de los rebaños.

Venid; veréis las rudas abarcas del viejo labrador

normando; las moscas entrarán aturdidamente por las ventanas.

Al anochecer, bajo las cepas vírgenes, veréis á Dios que nos alumbra encender los mil cirios de su misa de media noche.

Y olvidaremos las cosas que hacen reír y llorar; el hombre ingrato, los años de escasez, el agua sombría en que va á morir el esquife,

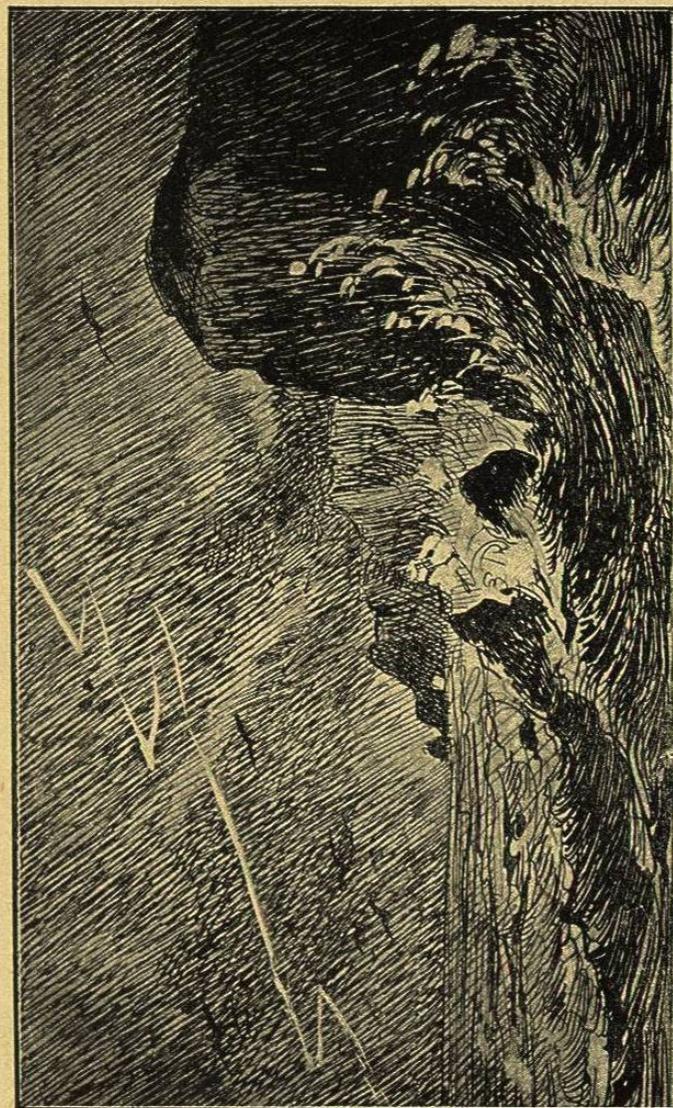
la huida de la esperanza, los corazones falsos, el tiempo breve, y que se reparta la Francia en la Gaceta de Ausburgo.

25 de Junio de 1859.

## XVI

### Á GUERNESEY

Aquellas rocas del Océano lo tienen todo: terror y gracia, cielo, mar, escarpadura, ante todo cuanto pasa, sombrío rumor que en ocasiones parece un himno bendito, paciencia para soportar del infinito el peso; y en aquellos desiertos rígidos, regidos por un orden espantable, se siente uno crecer un ala, y el alma se torna águila.



## XVII

## NOCHE DE TORMENTA

Aúlla el viento; la ráfaga, como yegua cubierta de agua, sale del obscuro abismo, y relinchando sobre el agua azul, con las crines esparriamadas de su cola azota el firmamento.

El horizonte, que á cada momento cubre la ola, bajo el obscuro cielo, corre tortuoso como una serpiente. Todo el mar está revuelto; el agua se llena de un ruido enorme y monstruoso.

La ola se acerca, huye, vuelve á aproximarse, y da vueltas como la campana en el campanario; luego cae y salta nuevamente; la oleada inmensa y sonora estréllase en la roca.

El Océano azota la tierra. ¡Oh misterioso herrero del negro manto! ¿Qué forjará en la bruma, para descargar tal martillo sobre tal yunque?

La hidra escamosa de ojo verdegay se enrosca sobre las roncadas olas sin freno ni bocado; la tempestad maniática agita en lo más recóndito de la charca los huesos de los muertos.

El mar entona un canto bárbaro, los marineros

están en el puente, chorreando agua; el relámpago, por encima de los promontorios, deslumbra con sus ojos blancos á las negras olas.

Los marinos que están en alta mar tiran la carga excesiva: cañones y fardos. Pero la ola ruge y blasfema:—¡Lo que yo quiero,—dice,— es tragarnos á vosotros, marineros!

El cielo y el mar andan revueltos. Es la estación, es la tormenta, es el clima. La obscuridad ciega al piloto; la vela, hecha jirones, tirita á la punta del mástil.

Todo se lamenta; el ancla á la proa, la verga al cable, la rueda al cabrestante. En el agua que ruge, créese ver, como un monte que rueda sobre la ola, el Leviatán.

Todo emplea un asqueroso lenguaje; el vaivén habla al cabeceo, la cofa al foque. Uno dice:—El agua sombría sube. El otro dice:—La aldehuela duerme al canto del gallo.

Es un viento del otro mundo el que atormenta al agua profunda en todo sentido y que ruge con la lluvia; la eternidad revuelve de arriba abajo la inmensidad.

¡Esto es hecho! La cala está llena. ¡Adiós, casa, verde llanura, atrio purpurino! El hombre exclama:—¡Oh, Providencia! La de los dientes blancos, la muerte, danza más encima del bauprés.

Y en la sombría confusión, alguna hada descabellada, Urgela ó Morgán, á través del viento

que sopla, lanza, riendo, su zapatilla contra el huracán.

2 de Febrero de 1854.

### XVIII

#### EN MI SILLÓN

¡Oh viejo antro! Ante esa ceja que frunces, entre los silbadores juncos, las espinas, las ortigas y los cardos, que arranca con sus dientes el asno positivo; bajo el amparo de una encina atenta que llevaba el compás con su enorme cabeza, daba codazos al fresno y hacía señas al olmo; en lo profundo del matorral sombrío, donde, bajo el árbol entreabierto, el hada apoya sus codos en los cojines de musgo de terciopelo verde, debutaba una joven pardilla.—¡No lo hace mal!—dijo al oírle una alondra, que, oculta entre la hiedra y la clemátida, púsose á tararear; y, pensativo, yo escuchaba á aquella *prima donna*.

15 de Octubre de 1874.

### XIX

Es la hora en que el sepulcro llama al mochuelo.

En el horizonte se ve la extraña silueta de un

enorme brazo con curvas de serpiente; diríase que protege, diríase que esparce no sé qué amor terrible en aquella obscuridad.

¿Es Arimán?

¡Oh cielo! Bajo los innumerables astros en el aire, en la niebla en que vuelan los grifos, en el confuso caos de los profundos ramajes, en los prados, en los montes, en el amplio mar verde, en la inmensidad azul que se abre á las auroras, ¿qué es lo que el espíritu del odio puede amar? El, que todo quiere secarlo, ¿qué puede hacer germinar? ¿Qué puede escribir en el cielo azul su negro dedo? ¿En qué fija su espantosa sonrisa? ¿Qué mira paternalmente? ¿Hace nacer un invierno tal que no haya estío después de él? ¿Procura á los dardos un blanco nocturno? Parece feliz. Habla á las cosas invisibles; les habla tan bajo, tan despacio, que se puede oír el movimiento del rayo de luna que se mueve y el vago rumor de las dormidas colmenas; su espectro hace aumentar las tinieblas descoloridas; no se sabe qué hace, no se sabe qué dice; conmovidos, los lobos levantan sus cabezas de bandido; habla Eblis; y el horroroso vampiro, los lémmures, como si se tratara de una promesa, acogen su murmullo; nada tan cariñoso como aquella oscura voz; como canta y susurra un nido de pájaros en el bosque, como sube y baja en su alcoba humilde un seno virginal, así cuchicheaba el feroz espíritu, aquel á quien Mahoma llama el sombrío emir.

Y, sin embargo, se estremece la obscuridad, y la madre siente que el hijo, que no tardará en nacer, tiembla en su vientre, porque el alma humana teme tal vez, cuando una inmensa mano muéstrase en el

cenit, que menos parece un dios maldecidor que un demonio que bendice.

28 de Abril de 1872.

## XX

### AL ANOCHECER

Mira la noche como baja tranquila y silenciosa. Septentrión, delta de los soles, escribe en el cielo la sombría mayúscula del divino nombre; Venus, pálida, deslumbra al tétrico crepúsculo; arrastrando sombrío y convulso, la primera rama que encontrara, el leñador anhela en su cerebro pensativo la marmita que ha de calentar en el hogar su ancho vientre; y ríe y aprieta el paso; duerme el pájaro, el buey regresa, los lanudos asnos pasan con sus albardas; luego cesa el ruido de los campos, y se oye como charlan la balluca y la espuela de caballero en voz baja. Mientras que el horizonte conviértese en silueta y los matorrales negros tiemblan al soplo de la noche, en ciertos puntos el agua brilla en la sombra, y los blancos nenúfares, flores en que habitan hadas, las azules miotis, los iris, las nínfeas, inclinadas y estremecidas, fijan sus miradas en vagos espejos, claros y misteriosos.

## XXI

Paréceme ¡oh noche helada! que hoy abrigas alguna mala y lúgubre idea; avanzas sin luna, sin viento y sin rumores. ¿Es que, después de dejar sueltos á todos los seres infames y á todos los seres cobardes, tratas ¡oh noche sombría! de hacer traición y de apoderarte bruscamente del pájaro que duerme, y confiado, con el ojo cerrado, con el ala cubriendo su delicada cabeza, tiene bajo su pata la temblorosa rama del buen Dios, para entregarle á cualquier pico negro, siniestro y furioso?

23 de Mayo de 1855.

## XXII

## CUANDO SALÍAMOS DE AVRANCHES

¿Os acordáis, amigo mío? Cuando salíamos de Avranches, un bello sol poniente atravesaba las ramas de los árboles; la rueda de nuestro coche rozaba los verdes arbustos. Los tres mirábamos hacia el cielo, los campos y el mar, y el éxtasis mantuvo mudas por un momento nuestras bocas, porque ella, vos y yo éramos tres poetas.

¡Dulces instantes en los que el corazón se llena hasta los bordes!

Luego volvió el camino, en la senda se formó un pliegue y el Océano desapareció detrás de una cabaña.

Sin embargo, todo continuaba lleno de luz; el sol hacía mayores las sombras de los transeuntes, y haciendo brillar el agua que se veía á lo lejos, iluminaba claros espejos bajo las ramas de los sauces. Un puente, hecho por César cuando pasara por las Galias, mostraba en el horizonte su viejo perfil romano; lindos niños, descalzos de pie y piernas, corrían por los caminos; nosotros depositábamos en sus manos todas nuestras monedas; ellos, despojando los prados, la maleza y los setos, nos enviaban ramos de risueños colores; nosotros les mandábamos una limosna, ellos nos daban flores; y así todos ganábamos; ellos un trozo de pan, nosotros alguna alegría.

Pronto lo cubrió todo el obscuro crespón de la noche. Pasábamos al galope por delante de negros pueblos. Bajo las rojizas rayas movíanse algunas sombras; purpurinos rostros reían á la puerta de las casas. Mientras tanto, á través de aquellas visiones nocturnas, nuestros cuatro ardorosos caballos, envueltos en el polvo y el ruido, corrían sacudiendo sus cascabeles de cobre, y los perros ladrando, sofocados de tanto aullar, quedaban sin resuello por seguirlos.

Cuando la mañana azuló el techo, á la hora en que la mirada ve en el éter profundo inclinarse los siete astros del polo, ella apoyó en mi hombro su blanca frente, y se durmió. Nosotros continuamos la conversación; decíamos que, si la Poesía, con los ojos llenos

de luz como la fe, su hermana, reina en el alma del ser humano, la Escultura, pagana, ejerce su dominio sobre la carne; porque, en realidad, en este arte está el secreto del genio antiguo, y como Fidias, Juan Goujon adoraba á Diana, la diosa de los largos cabellos de ébano, cuyas flechas, turbando la montaña tebana, siguen al gamo, que salta en su fuga el foso, y atisba atentamente, apoyado en sus patas traseras.

Junio, 1830.

### XXIII

#### PRIMAVERA

¡Llegaron los largos días de luz, de amor, de delirio! ¡Llegó la primavera, los risueños Marzo y Abril, el florido Mayo, el ardiente Junio, todos los hermosos meses amigos! Junto á los dormidos ríos, los álamos se doblan vagamente como grandes palmas; el pájaro palpita en el fondo de los tranquilos y tibios bosques; parece que todo ríe y que los verdes árboles, contentos de hallarse juntos, se recitan versos. Al nacer, el día se ve coronado por un alba fresca y tierna; la caída de la tarde está llena de amor; por la noche, á través de la inmensa sombra y bajo el bendito cielo, creese oír algo que es feliz cantando en el infinito.

### XXIV

#### EN LOS JARDINES DE LA MARGRAVE SIBILA

El jardín estaba lleno de escogida concurrencia. Sibila, con cierta ironía, tenía su corte en un extremo, gobernaba con la punta de su abanico duques, hacendistas, prelados, su rebaño; las terrazas parecían setos de ojaranzos, y más de una Radamira hablaba con alguna Araminta; en el fondo de un antro, en la obscuridad, un viejo fauno encorvado se las echaba de genial con un cura joven; dos filósofos ebrios discutían gesticulando y confundían el Fedón con el Digesto; y uno contestaba:—Quiá,—cuando el contrario decía:—Cur.—Brillaban las grutas, y en la semi-obscuridad, veíanse brazos desnudos y gargantas alabastrinas, diosas que reían entre las ramas de los árboles, mientras que los marqueses, con capas á la española, leíanles sonatas que silbaban los ruiseñores.

### XXV

#### LO QUE ES SALIR LLEVANDO CONSIGO UN NÚMERO DE «EL CONSTITUCIONAL»

Hace buen tiempo; el aire es puro; el cielo es de un azul fresco. ¡Murió el invierno! Geronte, adiós;